

TEMAS TOLEDANOS

UNA LECTURA
DE GARCILASO DE LA VEGA

Instituto Provincial
DE

Investigaciones y Estudios

Toledanos

DIPUTACION PROVINCIAL
Plaza de la Merced, 4

TOLEDO



85

Juan Carlos Pantoja Rivero

TEMAS **TOLEDANOS**

director técnico del I.P.I.E.T.

Julio Porres Martín-Cleto

director de la colección

José Carlos Gómez-Menor Fuentes

consejo de redacción

José María Calvo Cirujano, Rafael J. del Cerro Malagón,
Ricardo Izquierdo Benito, Ventura Leblic García,
Fernando Martínez Gil y Julio Porres de Mateo

colaborador artístico

Fernando Dorado Martín

administración

I.P.I.E.T.

Diputación Provincial

Plaza de la Merced, 4. Telf. 25 93 00

TOLEDO

7.7.85

Juan Carlos Pantoja Rivero

**UNA LECTURA DE GARCILASO
DE LA VEGA**

Publicaciones del I.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos

N.º 85

Ilustraciones: Ángel Pantoja Rivero.

Depósito Legal: TO-663-1996.

ISBN: 84-87103-59-6.

Imprime: Imprenta Provincial.
Plaza de la Merced, 4. Toledo.

INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS

Juan Carlos Pantoja Rivero

**UNA LECTURA DE GARCILASO
DE LA VEGA**



Toledo
Diputación Provincial
1996

A Mary Carmen

I. BIOGRAFÍA DE GARCILASO DE LA VEGA

«Entre las armas del sangriento Marte,
do apenas hay quien su furor contraste,
hurté de tiempo aquesta breve suma,
tomando ora la espada, ora la pluma».
(Égloga III)

La vida de Garcilaso de la Vega está marcada, como él mismo reconoce, por la guerra y la poesía; los dos nortes hacia los que dirige su mirada. Y la poesía y la vida tienen para él el color y el sabor inconfundibles del amor. Un amor que se personifica en Isabel Freire, dama portuguesa que inspirará la mayor parte de la producción poética del egregio escritor. Además, Garcilaso encarnó el ideal renacentista del cortesano, del hombre completo: culto, cortés, amante de la belleza, caballero, guerrero, poeta... Un ideal cortesano que había sido expuesto por el italiano Baltasar de Castiglione en su celebrada obra *Il cortegiano*, que sería traducida al castellano por el poeta barcelonés Juan Boscán, gran amigo de Garcilaso. Tuvo éste una gran cultura humanista, y la crítica coincide en señalar el enorme atractivo, tanto físico como espiritual, de que gozó el toledano en su época: la ausencia de retratos fiables nos permite imaginar al poeta y, quizás, idealizarlo.

Garcilaso nació en Toledo, en una fecha sin determinar; mientras unos defienden que fue en 1501, otros afirman que su nacimiento acaeció en 1503. Fue hijo segundo de una familia noble de las notables de la ciudad, y fueron sus padres Garcilaso de la Vega (que fue contino de los Reyes Católicos y embajador en Roma), y doña Sancha de Guzmán, señora de Batres. Entre los ascendientes del poeta se encontró, por parte paterna, Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana. Se unen así los linajes ilustres de los Santillana y Pérez de Guzmán.

La infancia de Garcilaso transcurre entre Toledo y Batres, y se encuentra marcada por la muerte de su padre en 1512, que supone su primer contacto con la muerte.

Garcilaso se educa en la Corte –por entonces en Toledo–, donde será paje del rey. Su educación estará a cargo de importantes humanistas, entre los que, al parecer, se encontraba Pedro Mártir de Anglería.

El año 1519 marcará un giro violento en su apacible vida: el 7 de septiembre participa en una revuelta ciudadana, en apoyo del concejo en sus aspiraciones a ostentar el patronazgo del Hospital del Nuncio, contra las pretensiones del Cabildo catedralicio. La consecuencia de su participación en esta algarada fue el destierro de Toledo por tres meses.

Carlos V le nombrará, en abril de 1520, contino (cargo de la guardia del rey, al que parece ser que sólo tenían acceso hombres de la más distinguida nobleza), después de que Garcilaso actuara como Procurador Mayor de Toledo en las Cortes convocadas en Santiago de Compostela, en las que el monarca pretendía conseguir apoyo económico de la nobleza para hacerse coronar emperador (ya que la muerte de su abuelo, Maximiliano de Austria, el año anterior, le hacía heredero del Imperio). La reunión de estas cortes el 31 de marzo de 1520 supondrá (entre otros motivos) el inicio de la rebelión comunera. Toledo, cabeza de la sublevación, envía una delegación a Santiago para expresar al rey las primeras causas de su descontento. Al frente de la delegación iba Pedro Lasso de la Vega, hermano mayor del poeta.

La guerra de las Comunidades será, precisamente, el primer encuentro de Garcilaso con las armas: el 17 de agosto de 1521 tiene lugar la batalla de Olías, en la que el escritor participa al lado de las tropas imperiales. Recibirá aquí sus primeras heridas de origen bélico, en lo que sería la antesala de la capitulación de los comuneros toledanos, quienes desde abril de ese mismo año (fecha de la batalla de Villalar y de la muerte de Padilla y los otros líderes) se habían resistido a ceder, y continuaban en rebeldía. A partir de este momento, la vida de Garcilaso de la Vega empieza a estar sometida a la actividad guerrera. Así, en 1522 forma parte de la expedición a la isla de Rodas para defenderla de los turcos. Los resultados de esta defensa son negativos. Junto al poeta estuvieron también en Rodas dos importantes hombres de su tiempo: el vate catalán Juan Boscán y don Pedro de Toledo quien, con el correr de los años, sería virrey de Nápoles. Será precisamente don Pedro de Toledo (a la sazón Comendador de Monreal) quien arma caballero a Garcilaso, el día 11 de noviembre de 1523, en Pamplona. El poeta había sido nombrado caballero de la Orden de Santiago por el Emperador, el 11 de septiembre de ese mismo año. Tras luchar junto a Carlos V en la campaña contra Francisco I de Francia, es posible que pasara en el monasterio de Uclés el año de noviciado en la Orden de Santiago (1524).

El año siguiente es el de la boda de Garcilaso. Fue una boda a la que los contrayentes acudían por imposición del rey, sin amor. La mujer que le estaba reservada al poeta era doña Elena de Zúñiga, dama de Leonor de Austria (hermana de Carlos V y futura esposa de Francisco I de Francia). Esta boda (muy del gusto de la época) le proporcionaría a Garcilaso estabilidad social e hijos. El matrimonio vivirá en Toledo, en casa de doña Sancha de Guzmán. Por entonces, Garcilaso era regidor de la ciudad.

Uno de los años más importantes en la vida del poeta toledano es 1526. Se inicia con un acto social: en Illescas se casan doña Leonor de Austria y Francisco I. Allí

estaba Garcilaso. Al mes siguiente (marzo), se celebra en Granada el matrimonio de Carlos V y la infanta Isabel de Portugal. Aunque la presencia de nuestro poeta en Granada es sólo probable, fue allí donde comenzó la aventura poética de éste en el terreno de la métrica italiana (sobre la que hablaremos en el siguiente capítulo). En el marco de las bodas reales tiene lugar el encuentro de Boscán con el embajador de Venecia, el poeta Andrea Navagero, quien le propondrá escribir poesía empleando los moldes vigentes en Italia. El reto de Navagero es recogido por Boscán y, posteriormente, por su amigo Garcilaso. Comienza una nueva era en la poesía española. Pero, además del encuentro con el endecasílabo italiano, Granada y 1526 suponen para el poeta el encuentro de la razón de amor, de la razón poética. Con la infanta de Portugal ha venido a España, formando parte de su séquito, la dama Isabel Freire. Garcilaso se enamorará de la portuguesa y será este amor no correspondido el hilo conductor de su vida y de su poesía.

La vida de Garcilaso entrará después en un período de tranquilidad. El poeta compra, en 1528, unas casas en Toledo, a orillas del Tajo, en lo que puede parecer un deseo de reposo, una búsqueda de paz y sosiego lejos de los campos de batalla. En ese año nacerá su tercer hijo, Pedro de Guzmán, al que antecedieron Garcilaso de la Vega e Íñigo de Zúñiga. Tuvo también una hija, Sancha, y un hijo ilegítimo, Lorenzo.

En 1529 el dolor se instalará en el alma del toledano, dando lugar a uno de los temas fundamentales de su poesía. El motivo es la boda en Toledo de su amada Isabel Freire con Antonio de Fonseca. Es, como la suya, una boda sin amor, pero hace que Garcilaso pierda la ilusión de alcanzar a la mujer que ama. A este desgarramiento sentimental le acompaña la separación física: Garcilaso marcha, en ese mismo año, junto a Carlos V, a Bolonia, donde tendrá lugar la ceremonia de coronación del Emperador. De paso hacia Italia, la Corte se detiene en Barcelona, donde Garcilaso firmará su testamento el día 25 de julio. Fueron testigos Juan Boscán y el hermano mayor de Garcilaso, Pedro Lasso de la Vega, entre otros. En el testamento establece el mayrazgo de su primogénito, dispone misas, limosnas y su enterramiento. Igualmente deja ordenada la educación de su hijo ilegítimo y detalla sus deudas, entre las que se encuentra una de honor con Elvira, una campesina extremeña, con la que tuvo amores, posiblemente en 1523.

Tras su primera etapa italiana regresa a Toledo en 1530, procedente de Mantua. Allí tuvo importantes contactos con los humanistas italianos. Pero su vida es un continuo ir y venir, de ahí que ese mismo año parta de nuevo, en esta ocasión a la corte francesa de Francisco I, oficialmente por asuntos relacionados con la familia real, enviado por la emperatriz Isabel. Parece ser que tras esta visita de cortesía se escondía un motivo estratégico: el conocimiento de las intenciones del monarca francés, hostil al Emperador.

De nuevo en Castilla desde abril de 1531, asistirá en Ávila a la boda de su sobrino (también llamado Garcilaso de la Vega), con Isabel de la Cueva, heredera del duque de Alburquerque. La boda, que tuvo lugar el 14 de agosto, no era del agrado de Carlos V, a causa de la ascendencia comunera del novio –hijo de Pedro Lasso–, y la tradición imperial de la familia de la novia, que parecían ser motivos sobrados para impe-

dir el enlace. El poeta contraviene la prohibición de su señor y presencia el desposorio del hijo de su hermano. Sin duda fue ésta la causa del destierro al que es sometido poco después: el 3 de febrero de 1532, cuando viaja hacia Viena a luchar contra los turcos en compañía del nuevo duque de Alba (don Fernando Álvarez de Toledo), es detenido en Tolosa y, tras ser interrogado, desterrado a una isla del Danubio. La mediación de sus amigos ante el Emperador (entre ellos el mismo duque de Alba, según algunos biógrafos), permite a Garcilaso cambiar el Danubio por Nápoles, en noviembre de ese año.

Seguimos en 1532 y Nápoles supondrá la segunda etapa italiana del toledano, el conocimiento de un mundo impregnado de humanismo de esencia renacentista. Allí asistirá a la Academia Pontaniana, donde entra en contacto con ilustres poetas humanistas: Bernardo Tasso, Luigi Tansillo (quien le dedicará una serie de sonetos), Giulio Cesare Caracciolo (confidente y amigo), los hermanos Galeota, las hermanas Sanseverino... Garcilaso se empapa de cultura clásica, escribe en latín y sustituye la religión por la mitología. Allí, también, trató al humanista español Juan de Valdés. Allí, por último, fue admirado y elogiado por todos. Incluso tuvo un amor napolitano del que nos habla en algunos de sus poemas.

Los años siguientes son recordados por sus sucesivas venidas a España, en esa vida viajera de nuestro poeta. En 1533, el virrey de Nápoles, don Pedro de Toledo (de quien era lugarteniente), le envía con cartas para Carlos V, a quien encuentra en Barcelona. En esta ciudad, junto al Mediterráneo común, Boscán traducía *Il cortegiano* de Baltasar de Castiglione. Garcilaso se demorará algún tiempo para repasar con su amigo esta traducción.

En abril de 1534, Toledo de nuevo y por última vez. La visita se debía a un encuentro con su esposa, en el que otorgó a ésta poderes para que cobrase unas deudas. Luego partió de Toledo, sin saber que no volvería a ver «aquella ilustre y clara pesadumbre», como él la describiría en su égloga III. Aún volvería a España una vez más en ese año de 1534, otra vez portador de cartas para el Emperador con quien contacta en Palencia. Era el mes de agosto. De vuelta hacia Italia se detiene en Aviñón, el 12 de octubre, para visitar la tumba de Laura, la amada de Petrarca, el poeta cuya obra influye tanto en la poesía de Garcilaso. De esta visita dará cuenta a su amigo Boscán en una epístola en verso que le dirige. Tal vez en este último viaje a España (o ya en Nápoles, sobre este dato no hay certeza), se entera de la muerte de Isabel Freire, ocurrida al dar a luz a su tercer hijo. Garcilaso se sume en el dolor y escribe la égloga I en la que, con trazos magistrales, relata y describe su amor hacia esta mujer, desde dos perspectivas distintas que vienen a representar al poeta cuando ella está viva y después de muerta.

Restablecida su residencia en Nápoles, Garcilaso vuelve a frecuentar los círculos humanistas y escribe la canción V, que lleva el nombre de *Oda a la Flor de Gnido*, en la que hace de intermediario entre su amigo Mario Galeota y la dama requerida por éste sin resultados positivos: Violante Sanseverino. Aparte esta anécdota, la canción V supone la introducción en España de la lira, estrofa empleada por Bernardo Tasso

que tendrá amplia resonancia en poetas españoles posteriores, que fueron maestros en el uso de la misma: fray Luis de León y san Juan de la Cruz.

El día 31 de octubre de 1534, Garcilaso será nombrado por Carlos V alcaide de la fortaleza de Reggio, a petición del virrey de Nápoles, a cuyo servicio estaba el poeta, como es sabido. Al año siguiente se reanuda la vida guerrera del toledano en la campaña de Túnez, con el asedio de La Goleta y Cartago. Garcilaso es herido y La Goleta (que estaba ocupada por los turcos de Barbarroja) es tomada el día 14 de agosto de 1535.

Tras un período breve de tranquilidad cortesana y literaria en Nápoles, escribirá en 1536 la que tal vez sea su última composición: la égloga III, en la que, desde la distancia, recuerda y mitifica dos de sus grandes pasiones: Isabel Freire y Toledo, siempre protegido por el cinturón líquido del Tajo. Después vendrá el final, precipitándose sobre su juventud. En la primavera de 1536, Garcilaso renuncia a su cargo de alcaide de Reggio para poder seguir a Carlos V en su campaña contra los franceses. El emperador lo nombra maestre de campo. La guerra avanza. En el asalto a la torre de Muy (próxima a Fréjus), Carlos V se impacienta ante el largo asedio y la dificultad de conseguir que se rinda la plaza. Garcilaso, al mando de un grupo de hombres, se lanza contra el enemigo para complacer al Emperador. Iba desprovisto de armas protectoras, y una piedra le golpea la cabeza hiriéndole gravemente. Fue el 19 de septiembre. Trasladado a Niza, morirá en brazos del marqués de Lombay (que luego sería san Francisco de Borja), el 13 o el 14 de octubre de 1536. Sus restos son trasladados en 1538, tal como él dejó dicho en su testamento, a la iglesia de San Pedro Mártir, de Toledo. Sobre la tumba, dos estatuas representan (al parecer con poca fidelidad), las figuras del poeta y uno de sus hijos.

Años más tarde, a la muerte del que fuera su gran amigo, Juan Boscán, la viuda de éste, Ana Girón de Rebolledo, publicará en un solo tomo titulado *Las obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega repartidas en cuatro libros*, las poesías de los dos amigos. Era el año 1543 y el libro, uno de los más importantes de la literatura española, tendrá pronto una gran repercusión. La influencia de la obra de Garcilaso llega hasta las últimas generaciones de poetas españoles. En 1574 –sólo treinta y nueve años después de su muerte–, El Brocense hará los primeros comentarios de su obra, y en 1580, Herrera publica sus *Anotaciones a las obras de Garcilaso*. El toledano es ya un clásico.

Las obras que hoy conocemos quizá sean solamente una muestra representativa de la, tal vez, más vasta producción de Garcilaso, como propone Rafael Lapesa (*La trayectoria poética de Garcilaso*, ver bibliografía). El recuento de estas obras conservadas es el siguiente: 40 sonetos (dos de ellos atribuidos y no aceptados por toda la crítica), 5 canciones, 3 églogas, 2 elegías y una epístola, en cuanto a los metros italianos; 8 coplas en estrofas variadas de métrica tradicional castellana, 4 poesías en latín, tres cartas y el testamento.



Calle de Toledo que lleva el nombre de Garcilaso de la Vega.

II. LA POESÍA ESPAÑOLA EN EL TRÁNSITO DEL SIGLO XV AL XVI

La poesía castellana del siglo XV es fruto de la proyección en nuestra lengua de la poesía trovadoresca provenzal, que hunde sus raíces en el siglo XII. Las principales características de esta poesía provenzal se ven reflejadas en la llamada poesía de cancionero, que tiene un amplio desarrollo en la España del siglo XV. Esta poesía cancioneril cultiva una gran diversidad de géneros, entre los que destacan por méritos propios los poemas de corte burlesco, los de intención moralizante y, sobre todo, los de temática amorosa. En todos ellos, no obstante, hay una característica común: el uso de formas estróficas y métricas propias de la tradición castellana, entre las que desempeña un papel primordial el verso octosílabo, fácilmente adaptable a la lengua y poco complicado de construir.

La poesía de tema amoroso (que es la que más nos interesa en nuestro estudio), se basa en lo que se dio en llamar el amor cortés, procedente de la antes citada poesía provenzal. El amor cortés nos ofrece una visión de la relación amorosa concebida como un acto de vasallaje, en el que el amante decide dedicar su vida a servir incondicionalmente a la dama, sin esperar nada a cambio: se somete a la superioridad de su amada, la cual se convierte en su señora, en el sentido feudal del término. Todo este proceso amatorio (que, en cierto modo, nos ofrece una visión de la mujer como un ser idealizado e inalcanzable), descansa sobre complicados juegos de palabras, repeticiones conceptuosas y alegorías de claro gusto medieval.

En el plano de la forma, aparte del uso del octosílabo, se emplean estrofas de procedencia popular, como son las quintillas, redondillas, cuartetas, villancicos y toda una serie de moldes poéticos caracterizados por el predominio del arte menor. Estos métodos poéticos tendrán un carácter hegemónico en la literatura en castellano hasta el primer cuarto del siglo XVI, si bien su vigencia posterior es extensa. El dominio del panorama poético castellano por las estrofas y temas tradicionales tiene su fin en el año 1526 cuando, con motivo de la boda del emperador Carlos V con Isabel de Portugal, el poeta barcelonés Juan Boscán —que hasta entonces sólo cultivaba la poesía de tipo cancioneril—, se encuentra en Granada con el embajador italiano Andrea Navagero, y es instado por éste a usar en castellano los moldes poéticos de éxito en Italia. El mismo poeta español cuenta este encuentro en una carta que dirige a la duquesa de Soma, de la cual he recogido algunos fragmentos:

«Porque estando un día en Granada con el Navagero (...), tratando con él cosas de ingenio y de letras y especialmente en las variedades de muchas lenguas, me dijo por qué no probaba en lengua castellana sonetos y otras artes de trovas usadas por los buenos autores de Italia, y no solamente me lo dijo así livianamente, más aún me rogó que lo hiciese (...) Y así comencé a tentar este género de verso, en el cual al principio hallé alguna dificultad por ser muy artificioso y tener muchas particularidades diferentes del nuestro.»